

MÁS NATURALEZA

NATURALEZA ES FEMENINO

Wisdom, madre a los 67 años, es campeona de la conciliación familiar. Con el nacido en febrero, ha tenido y criado más de 35 hijos, pero nunca estuvo sola. Siempre lo hizo en perfecta armonía, repartiendo la responsabilidad familiar con Akeakamai, su actual amor, y antes con otros padres de las criaturas. Trabajando duro. Mientras uno cuida la descendencia el otro sale a pescar en largas jornadas que a veces duran varios días. No hay diferencias de trabajo entre ambos sexos. Son albatros de Laysan, unas enormes aves marinas. Viven en el remoto atolón coralino de Midway y su único polluelo es muy exigente. Hay que incubar el huevo 65 días, tarea que suele empezar el macho pues la hembra bastante ha hecho ya con ponerlo, inmenso como es. Una vez nace, la cría necesita 160 días de permanentes cuidados antes de aprender a volar y lanzarse a los peligros del océano Pacífico. En el atolón norteamericano se amontonan más de 600.000 nidos de estas aves, pero Wisdom y

Akeakamai saben con precisión cuál de todos los pollos es el suyo, lo reconocen por el olor y lo miman.

Susie tiene menos suerte. Es una hembra de chimpancé en un zoológico de Kansas, en Estados Unidos. En 2010, con 56 años, tuvo un bebé sano, pero el padre ni estaba ni se le espera. Si hubiese vivido en la selva, su hábitat natural, no le habría ido mejor. En esa especie los machos son apenas gritones elementos procreadores. Las manadas disfrutan de un auténtico matriarcado muy jerarquizado de hembras que eligen a su macho alfa, pero a quien igualmente pueden sustituir por otro si no da la talla. Son tan parecidos a nosotros que son los únicos que utilizan el sexo más allá de la pura reproducción.

Pero es verdad. En la naturaleza suelen mandar los machos, aunque hay preciosas excepciones. Las elefantas mandan, cuidan y protegen a la manada, que es una gran familia llena de tías, abuelas, hermanas y primas. En cuanto los jovencitos empiezan a ponerse chulitos son apartados del grupo, condenados a una vida muy solitaria solo interrumpida por los escarceos amorosos. Pasa parecido con el león. Será mucho rey de la selva, pero tampoco manda en casa. Las leonas hacen todo el trabajo, incluso el de cazar. Orcas y algunos otros cetáceos como los calderones apuestan igualmente por el matriarcado. Se agrupan en manadas de féminas lideradas por la más experimentada, de tal forma que cazan y cuidan de sus crías en comunidad. Los machos solo son aceptados para los apareamientos, al igual que hace la abeja reina con los zánganos, que copula con varios de ellos y mueren después de la noche de bodas o antes, pues si hay poco alimento las obreras directamente los echan de la colmena. Las hienas llegan incluso más lejos. En caso de cópula sin consentimiento rechazan el esperma orinándolo con desprecio. Y se ríen, claro. Con razón. Sus machos pintan poco en el grupo, comen poco e imagino que también se ríen poco.

Las relaciones sociales de los seres humanos han oscilado históricamente entre el inusual matriarcado y el habitual patriarcado, pero por suerte estamos mejorando desde que hemos optado por seguir las enseñanzas igualitarias de los albatros, que son las mismas de las cigüeñas, las golondrinas y de tantas otras aves sabias. Gracias a nuestra inteligencia hemos logrado un extraordinario avance en los métodos anticonceptivos, de tal manera que las mujeres pueden decidir cuándo y con quién reproducirse. El resto de las tareas las hacemos igual y por igual unos y otras.

La masculinidad ha cambiado para bien, pues se ha hecho más femenina, pero todavía quedan muchos zánganos y viejos leones empeñados en mantener vergonzantes desigualdades. Mucha violencia machista, acoso y baboso, una inconcebible e inexplicable brecha salarial que, cual techo de cristal, impide a las mujeres llegar tan alto como quieren, y una injusta discriminación a esa conciliación laboral que tanto necesitamos todas y todos.

¿Alguno tiene dudas? Y pregunto alguno, no en genérico, lo hago en masculino, porque ellas no tienen dudas. Ellas lo tienen muy claro. La receta es tan sencilla como revolucionaria: aprendamos de la naturaleza, en femenino.

RONCOS DE GRITAR EN JAULAS DE CRISTAL

Trabajar en una mina de carbón fue siempre un oficio peligroso. Derrumbamientos, inundaciones, explosiones de gas grisú o emanaciones de monóxido de carbono resultaban mortalmente impredecibles, pero para estas últimas los mineros tenían un maravilloso aliado: un canario. Descendían al fondo de las galerías con uno de estos pajaritos machos encerrado en una pequeña jaula que colgaban de la pared junto a una luz. Al momento, el

animal se ponía a trinar con esa alegría que solo ellos saben dar al canto, ajeno al duro entorno. Su silencio repentino o atonamiento era una alarma que salvó muchísimas vidas, pues estas aves detectan las emanaciones del terrible gas media hora antes de que empiece a afectar a los humanos. Era una advertencia valiosísima. Las aves morían, pero los mineros escapaban vivos galería arriba como almas que llevaba el diablo.

Desde el año 2000, los modernos detectores de gases hacen innecesaria la presencia de canarios bajo tierra. Pero la naturaleza en general y las aves en particular nos siguen enviando alertas parecidas a las mineras. Si ellas empiezan a sentirse mal, nosotros deberíamos salir pitando. Pero ¿a dónde? Ahí está el problema. Como alertaba Félix Rodríguez de la Fuente, no tenemos un planeta B. No hay escapatoria.

Tras tres años de trabajo y bajo el auspicio de ONU, 500 científicos de 100 países (entre ellos España) han presentado un preocupante informe sobre la pérdida de biodiversidad en el planeta. Solo en Europa, las poblaciones de aves ligadas a los medios agrarios han caído un 57 % entre 1980 y 2013. Hemos perdido el 51 % de los humedales, el 60 % de las especies de anfibios y el 71 % de las de peces. En África, América o Asia las estadísticas son aún más terroríficas. El desastroso modelo industrial de agricultura y ganadería moderna, y la consecuente homogenización del paisaje, unidos a un desaforado consumo de recursos, están provocando una extinción silenciosa pero masiva. Si la que se llevó por delante a los dinosaurios fue la quinta en la historia del planeta y el culpable fue un meteorito, la sexta parece inminente, solo que esta vez el meteorito somos nosotros.

Los más optimistas confían en que la tecnología ayude a evitar el cataclismo, pero de momento la población mundial no para de crecer y de consumir más y más rápidamente, acelerando la catástrofe anunciada por las aves.

Con ocasión de su ingreso en la Real Academia Española en 1975, el escritor vallisoletano Miguel Delibes ya barruntó el desastre y convirtió su discurso en un alegato vital casi profético, ecologista cuando todavía no había ecologistas. «Todo cuanto sea conservar el medioambiente es progresar; todo lo que signifique alterarlo esencialmente es retroceder», espetó a los asombrados académicos, a quienes transmitió un curioso recado de parte de sus personajes de ficción: «Si el progreso equivale a la destrucción de la naturaleza, renunciarían a él».

Por desgracia, los personajes reales lo tenemos más difícil. Los pájaros han enmudecido hace tiempo, roncós de avisar en sus cada vez más estrechas jaulas de cristal, confinados en reducidos espacios naturales desconectados entre sí, en islas abandonadas a donde llegan igualmente los efectos del cambio climático y de los pesticidas agrícolas.

Nadie puede escapar de esta nave de los locos a la deriva que en 1503 pintara el genial Bosco, chiflados seres distraídos intentando hincarle el diente a un pedazo de comida que cuelga de un hilo mientras un ladrón les roba lo poco que queda sobre la mesa; la zanahoria por delante y el palo por detrás, el naufragio seguro de la especie suicida.

Pero hay esperanza. Nos lo pregonan cada primavera los ruiseñores. Acaban de llegar de pasar el invierno en los bosques tropicales africanos (deforestados, aniquilados) y al menos sus poblaciones se mantienen de momento estables en Europa. Cantan incansables, lanzando su mensaje de amor, pero igualmente de aviso, pues de nosotros depende que su futuro sea también el nuestro. Deberíamos pedirles, rogarles incluso, como hizo el poeta José de Espronceda, que no silencien la música: «Canta en la noche, canta en la mañana, / ruiseñor, en el bosque tus amores; / canta, que llorará cuando tú llores / el alba perlas en la flor temprana».